

**LAS TRECE  
CAMPANADAS**

La Valla Derribada I

MUESTRA

— Nunca derribes una valla sin saber antes por qué la pusieron.

— G. K. Chesterton

## **EDIMBURGO**

**Mañana del 23 de diciembre de 1869**

—Pues... qué quiere que le diga. Habrá que llamar a un médium, ¿señor Fawkes? —Malcolm Fraser, estaba apoyado en la ventana mirando la calle con desinterés. Afuera, la niebla espesa no retrocedió al abrir la hoja de cristal; al contrario, pareció asomarse hacia el interior de la estancia como un gato curioso.

Edimburgo estaba amaneciendo —si es que eso se podía definir como tal—, pues la luz apenas conseguía atravesar el velo de contaminación que cubría la atmósfera.

Arriba, los tejados estaban oscurecidos por el hollín. Abajo a nivel de la calle, Leith despertaba con su sinfonía de miserias: un mercado variopinto de pesares bajo la niebla.

Desde ahí arriba Fraser contemplaba unos símbolos garabateados con tiza, que apuntaban las casas condenadas por las reformas sanitarias. En las aceras, los desalojados.

Todo olía a carbón y a pescado muerto.

—¿Perdone? —el inspector jefe Fawkes gruñó incorporándose con el resoplido de máquina de vapor. Su rodilla —un pequeño recordatorio de la Armada— le castigaba, sin tregua, en cuanto llegaba el invierno. Se apoyó en el bastón. —Perdone... ¿qué decía?... madre misericordiosa —bufó—, cada día estoy más sordo.

—Le decía— Fraser aumentó el tono de su voz— que habrá que llamar a un médium para que nos cuente qué diablos ha pasado aquí —Al empujar la ventana hasta el tope, Fraser quedó con medio cuerpo fuera. El viento se le escurrió por la espalda hacia dentro de la habitación agitando jirones de papel pintado que colgaban como pellejos.

—No me negará —continuó— que el escenario tiene algo de... teatral, ¿no?

—¿Y eso? —refunfuñó Fawkes, se sacudió el polvo de sus perneras. *Margaret me va a matar*, pensó.

Sin esperar respuesta, avanzó hacia el pasillo estrecho— . ¡Agente Doves! —tronó su voz—. ¡Suba de una vez, por Dios! ¡Y ayude con el cadáver!

—¿Un médium? —continuó refunfuñando Fawkes, ya desde fuera de la estancia—. ¿Y qué será lo próximo?

¿Qué las hadas del cementerio de Greyfriars nos hagan las autopsias? Tiene usted cada cosa...

Fraser continuaba mirando la calle. Bajó la voz, como si hablara con la propia niebla.

—Si hacen el trabajo mejor que el forense, ¿por qué no? — una media sonrisa se le dibujó pensando en su amigo el forense Lyle MacLintock—. Ya sabe usted, inspector, —subió el volumen de nuevo— el espiritismo está de moda por todo el país. Lo que tenemos aquí dentro —agitó la mano enguantada como si espantara moscas— ... se nos escapa.

—No diga sandeces, señor Fraser —desde la puerta—. Todo esto debe tener una explicación lógica. —

Fraser volvió la mirada hacia la cama que ocupaba gran parte de la estancia. Sobre el colchón de crin, un cadáver reposaba con las manos cruzadas sobre el pecho, a modo de momia embalsamada, sus ojos permanecían fijos —como vitrales quebrados— mirando el techo de madera ennegrecida.

En su torso descamisado se veían tres heridas —posiblemente de puñal— *causa más que probable de su muerte* pensó.

—Pues ya me contará cómo —continuó—. La habitación estaba cerrada por dentro; no hay más que

esta ventana, que también estaba cerrada... y se abre hacia afuera. —volvió a mirar la altura considerable que les separaba de la calle, murmurando—...A falta de orangután, no se me ocurre nada.

—¿Orangután? —Fawkes lo miró entornando los ojos— Señor Fraser, si no le conociera desde hace años y no le tuviera por el mejor sabueso del cuerpo, créame que le sacaría de aquí a patadas por tales majaderías.

*Este hombre oye solo lo que quiere*, pensó. Un cochero pasó rompiendo en jirones la niebla de la calle girando sin miramientos calle abajo.

—Vaya carácter mañanero, señor Fawkes... —esbozó Fraser una sonrisa afectuosa sin apartar la vista del carruaje que se perdía en la niebla.—. Me refería a un relato del señor Poe. París, una habitación cerrada... ya sabe...orangután.

El inspector jefe no respondió. Sus pasos ya descendían crujiendo por la vieja escalera—¡Agente Doves! ¡Suba ya o váyase a casa!

—¡Voy, señor! —La voz de Doves llegó temblorosa.

Unos pasos torpes anunciaron al joven Doves, apenas un mozalbete con uniforme arrugado y rostro lechoso. Se detuvo en el umbral, jadeando como si hubiese corrido desde Calton Hill.

—Perdón... señor Fraser —se cuadró—... ¡la gente no me dejaba pasar! Todos querían... querían saber qué pasa aquí...

En el momento en que entró en la estancia, el hedor lo golpeó como un martillo el rostro. No dijo más. Su cuerpo se contrajo una vez y vomitó lo que sería el desayuno con estrépito entre las patas de la cama.

—¡Estupendo! —se escuchó bramar a Fawkes desde algún rellano—¿Señor Fraser? No envidio el papelón que le espera cuando me jubile.

Fraser permaneció inmóvil. Apenas había oído aquellas palabras. Sus pensamientos flotaban lejos, hacia las columnas negras que las chimeneas del puerto exhalaban sobre el Firth of Forth.

Su mirada vagó por la habitación, como si buscara algo que hubiese perdido—. ¿Dónde está nuestro querido inspector jefe?

Una funda francesa<sup>1</sup> —de sospechosa procedencia —y una liguilla rosa desteñida se le pegó momentáneamente en la bota.

---

<sup>1</sup> *Preservativo de tripa o lino, atado con liguilla y reutilizable. Era considerado un artículo caro.*

La sacudió con una mueca; el objeto cayó con un *plaf* viscoso sobre la tarima. Fraser encaró una ceja al verlo. —Ha bajado —dijo Doves encogiéndose de hombros—. Ha dicho que llevemos el cuerpo... —Miró furtivamente al techo y prefirió cambiar de estrategia— que usted se encargue... que no le va de una semana más o menos.

Fraser asintió sin emoción.

Se giró para cerrar la ventana cuando la vio. En la esquina, al final de la calle opuesta, una mujer lo miraba. Su rostro era de una suavidad casi infantil, y vestía un traje de muselina negra: mangas translúcidas y cuello rígido. El vestido ceñía un cuerpo menudo, demasiado proporcionado para inquietar a cualquiera. Pero lo que más la distinguía era el cabello: una cascada de fuego recogida en un moño alto, que parecía arder sin consumirse.

Desde su posición allá arriba le parecía una antorcha viva, una visión surgida de un delirio febril.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Señor? —la voz de Doves lo arrancó del trance.

Fraser parpadeó. La esquina estaba vacía. Allí solo quedaba la niebla que ondulaba como si alguien la hubiese atravesado a toda prisa.

*Lo dicho... el visitante tenía alas.* Concluyó mirando la gran caída que había hasta el empedrado.

Cerró la ventana. No pudo evitar sentir que la propia ciudad lo observaba. Algo en el cuarto —seguramente el vacío que impregna todo allá donde la muerte ha dejado su marca— le insinuaba que se le venía encima una mala racha.

*No tengo bastante en casa como para verme metido en otro zapatiesto,* pensó.

## **DOCTOR LYLE MACLINTOCK**

**Tarde del 23 de diciembre.**

Llevaron el cadáver desde la buhardilla hasta un sótano anexo al edificio municipal —la nueva Morgue— cuando el día ya empezaba a oscurecer.

Tres agentes lo llevaban envuelto en una sábana llena de lamparones tan usada que parecía la sábana de un leproso olvidado en una malatería. Lo dejaron en una mesa de mármol.

La noche —con la humedad del puerto— empezó a trepar por los muros de Edimburgo cuando Fraser decidió dejarse caer por la morgue. Allí lo esperaba Lyle MacLintock.

Cuando entró, el médico forense tenía el bisturí en la mano y la expresión de quien ha tenido que mirar demasiadas veces al abismo de las desgracias.

—Así que... ¿una habitación cerrada por dentro, ¿no? —fue su saludo. No levantó la vista del cadáver que se apoyaba boca arriba en el mármol central.

—Pues sí que vuelan las noticias... —Fraser se acercó al doctor. Tocó con su mano en el hombro de su amigo a modo de saludo.

—¿Qué propones? ¿Un fantasma? —Lyle movía el cadáver sin vida. El cuerpo del desgraciado devolvió un crujido sordo, parecido al ruido que haría un tronco húmedo volteado en un bosque.

Fraser miró en torno sin contestar. Aquel sótano olía a ciencia. El lugar se había alicatado sobre un viejo depósito de grano, con las baldosas higiénicas que predicaba el señor Littlejohn —hombrecillo insufrible, pero de buenas ideas—. Según el ordenamiento, todos los suelos debían ser lavables con cal viva; había que

poner desagües con rejas y rociar las paredes con cloro cada cierto tiempo. *Vamos, todo moderno*, pensaba el inspector y, *sin embargo, el aire olía a vísceras*.

Mientras rodeaba la mesa de mármol las lámparas de gas chisporroteaban los rincones, proyectando sombras que temblaban como si aquella estancia respirase.

—Pues verás, lo que sí puedo decirte —añadió Lyle con un gesto, señalando el finado— es que esto... esto, no se lo ha hecho él solo.

Levantó el cadáver de lado. Entre los omóplatos había otra herida: una gran incisión que apenas había sangrado. Era un tajo hecho con mucha precisión, pero de bordes irregulares.

—Por si te lo preguntas —volvió a dejar el cadáver en posición supina—, esto no lo ha hecho el filo de ningún utensilio. Yo diría que algún tipo de garra de animal. Así a ojo de unos quince centímetros más o menos; pero qué sabré yo... ¿verdad?

Fraser resopló. La imagen del orangután se burlaba de él al fondo de su mente.

Se dejó caer en una silla, alejada de la mesa forense. No se consideraba especialmente aprensivo —a sus treinta y pico años ya había visto más muertos que velas encendidas en un funeral—, pero jamás se había

habitado al espectáculo de ver un cuerpo abierto en canal. *Quizá nadie lo hace*, pensó.

MacLintock, por su parte, parecía haber nacido para aquello. Su bisturí relucía al chocar con la luz que proyectaban las lámparas de las paredes. Con él trazó una incisión vertical desde el esternón hasta el pubis.

A su costado, en una mesita cubierta por un paño, reposaban pinzas, un gancho y fórceps. Más allá, en la mesa contigua, frascos de colores y una balanza aguardaban su turno.

—¿Sabemos si tenía familia? —preguntó el doctor, separó las costillas con el retractor hasta que el cuerpo sonó como un mueble que se resquebraja—. Porque si nadie lo reclama, lo metemos en la fosa común—su tono era tan llano como el de un comerciante hablando del precio del grano—. No sea que nos agüe el *Hogmanay*<sup>2</sup>, ¿no, Malcolm? —le guiñó un ojo.

Fraser lo miró de soslayo. Se preguntó, solo por un instante, si no sería mejor aceptarlo así: como un caso que no tiene respuesta.

---

<sup>2</sup> *Celebración escocesa de Año Nuevo, famosa en Edimburgo por fuegos, música y rituales como el first-footing.*

En el fondo, se reprochaba a sí mismo el desinterés que mostraba. Se había acomodado últimamente cociéndose a fuego lento en su desgracia particular.

Mientras tanto Lyle por su parte se inclinó sobre el pecho abierto. Palpó el saco pericárdico y extrajo el corazón con un movimiento lento. Lo sostuvo en alto, como si quisiera que aquel trozo de carne le confesara algo. Desde la perspectiva de Fraser, el forense adoptó una postura, mientras sopesaba el corazón, que le recordó el famoso monólogo de Shakespeare. Sonrió.

Depositó el órgano sobre la bandeja esmaltada con un *plop* que sonó... demasiado humano.

—Curioso... —murmuró, frunciendo el ceño—. Nada de hipertrofia ni tampoco una lesión visible. Ni siquiera signos de esfuerzo. Te diría que es como si su corazón hubiese decidido dejar de latir antes de que muriera.

Fraser sintió una corriente de aire frío que le corría por las piernas. Miró escaleras arriba a ver si la puerta se había quedado abierta.

—Y lo extraño de estas incisiones —añadió Lyle, señalando las heridas como si trazara un mapa invisible en el aire— es que apenas sangró. Si hubiese estado vivo,

esto de aquí sería una sangría. Pero así... —se detuvo— parece que se las han hecho cuando ya no estaba entre nosotros.

—No estaba, ¿qué? —preguntó Fraser, cruzando los brazos y las piernas poniendo los ojos en blanco. Hacía años que se conocían y sabía cuándo el doctor se iba a poner esotérico.

El forense no respondió de inmediato. Levantó el mentón del cadáver con dos dedos y murmuró:

—Mira esa expresión... las mandíbulas trabadas, pupilas dilatadas. Los hemos visto antes, Malcolm... ¿recuerdas? Este tipo de expresión era las que tenían los compañeros que encontramos muertos en aquella maldita guerra. —Lo miró expectante.

El inspector guardó silencio. Lo que les ocurrió en ese remoto lugar era algo que se le escapaba a su mente analítica y que prefería enterrar —eso sí, sin mucha fortuna— en el olvido.

Una serie de gotas cayeron de la cañería oxidada del techo, rebotaron en la loza y se fueron a incorporar al reguerito de agua que desaparecía por el sumidero. Fraser se acomodó más en el asiento sin saber qué decir. —El miedo es un cirujano silencioso, Malcolm. Opera donde nadie ve... y rara vez deja cicatriz.

Fraser bajó la mirada al cadáver. No respondió. El olor dulce del formol comenzaba a llenarlo todo y lentamente empezó a quedarse adormilado soñando con mujeres de cabello como fuego.

## **ELEANOR "NELLY" WITHMORE**

**Tarde del 23 de diciembre.**

El exceso de formas y olores te llevaban a creer, sin género de dudas, que aquella casa debía de respirar con dificultad.

El cuarto entero estaba forrado con un papel estampado de motivos de liras y ángeles decapitados —nadie sabía a ciencia cierta el origen de semejante horror estético—

Abajo en el suelo, una alfombra de origen persa cubría el pavimento; se tejía con unas escenas de caza tan deterioradas que solo el ojo atento podía descifrar lo que era ciervo, caballo o perro.

Sobre la chimenea, —apagada pese al invierno— un antepasado colonial vigilaba desde otro siglo. Del techo, colgaban cortinas vestidas con una tela similar al terciopelo negro, con pasamanería carmesí.

En la sala rezumaba el aroma de lirios, gardenias de África occidental y almizcle francés rociado en unos cojines bordados.

En el centro de la sala había una mesa redonda, rodeada de sillas de roble y dispuesta para la séance: encaje negro, una campanilla y un cuenco de ‘agua de luna’.

En Edimburgo, el espiritismo había conquistado el corazón de sus habitantes, desde las cocinas de las clases bajas hasta los salones de las reinas.

No mucho tiempo atrás, Mr. Daniel Dunglas Home había hecho levitar mesas ante duques, incluso la reina Victoria —o al menos en los mentideros se decía— admitía haber asistido a «experimentos».

La ciudad entera parecía encantada de creer o querer creer.

La señora Weatherby, esmerada anfitriona y viuda de un comerciante —uno que nunca volvió de Calcuta— había dispuesto cada detalle con exactitud enfermiza.

Para entretener a sus invitadas, había cedido el lugar central a la señorita Eleanor Withmore que, vestida de azul noche, actuaba de acompañante de la anfitriona: la viuda la exhibía ante sus amistades como un amuleto peligroso.

Allá en el centro, sentada a la mesa, la actitud calmada de la señorita Withmore llenaba la habitación. Ninguno de los asistentes le dirigía la palabra, todos sabían, a qué se dedicaba fuera de esas sesiones.

Las damas evitaban mirarle a los ojos.

Los caballeros no sabían cómo sostenerlos.

Ella, sin embargo, sonreía levemente, como si los comentarios ofensivos que decían bajo mano fueran agravios para personas ajenas.

Cuando todos estuvieron sentados a su alrededor, Withmore se subió ligeramente las mangas y recostándose en el respaldo, habló.

—¿Hay alguien entre los asistentes que de verdad quiera hablar... con el más allá? —preguntó, midiendo cada sílaba mirándolos a los ojos.

La sala entera contuvo el aliento.

Manos tímidas se alzaron.

Un compendio de abuelas muertas en nieblas lejanas, primos perdidos en ultramar y algún exmarido con cuentas pendientes fueron apareciendo para responder a las preguntas de los asistentes.

La señorita Withmore cerraba los ojos ante las preguntas y contestaba sin gestos ni teatro:

—No está.

—No quiere venir.

—Alguien más... responde por él.

Alguna risa nerviosa entre suspiros de alivio.

Todo era inofensivo. Incluso cómico.

Hasta que dejó de serlo.

Primero fue un crujido. Luego, la luz proyectada por las velas en los candelabros pareció empezar a latir como un corazón desbocado. El tapete bordado de la mesa exhaló elevándose un palmo.

Eleanor parpadeó una vez, dos.

Como si un titiritero tirara de unos hilos invisibles, trepó arrancada de golpe de su silla a la mesa. Allá arriba reptó a gatas rodeando la mesa con unos movimientos lentos, ondulantes, mirando a los invitados a los ojos mientras su vestido parecía mecerse con vida propia.

Este se deslizó hasta dejar hombros y parte del pecho al descubierto. Los invitados se replegaron en sus sillas: asustados, fascinados.

Varias damas ahogaron un grito y los caballeros no supieron si mirar o cerrar los ojos. Estaban encantados.

Entonces habló.

Pero aquella voz... no era la suya.

—Qué bien vestidos habéis venido —dijo con la voz rota—... a una cena con los difuntos.

Los asistentes se miraron confundidos unos a otros.

—Todos vosotros —prosiguió— jugáis con nombres que no os pertenecen; habéis olvidado... nuestro sacrificio.

En vuestros hogares el fuego duerme olvidado; —la melena de Eleanor se soltó sola y empezó a danzar como un mar de llamas—, ningún pan ni sal nos ofrecéis desde hace décadas.

La temperatura dentro de la casa descendió bruscamente.

Giró la cabeza con un movimiento seco, fijando la mirada en los asistentes.

— Ya se oyen los cascos de nuestros caballos. —su cara se quedó a menos de un palmo de una de las invitadas lívida de terror— Cuando nos veáis, vuestras cabezas ya estarán rodando por el suelo y vuestras almas se habrán añadido a nuestra hueste.

Durante un breve instante Eleanor Withmore se recompuso como si despertara de un mal sueño.

Nadie osó decir ni una palabra, al fondo, el reloj de pie silencioso durante toda la jornada marcó trece campanadas.

La médium aún sobre la mesa arqueó el cuerpo; se oyó un chasquido en su columna, como de madera seca rompiéndose.

Empezó a elevarse hacia el techo, como si el titiritero invisible que la manejaba la izara desde un cordón atado al pecho; sus brazos estaban inertes a los costados y sus palmas comenzaron a sangrar.

Los asistentes retrocedieron espantados, alguno tropezó con su propia silla y cayó al suelo.

Las luces se apagaron y la mesa se partió por la mitad en la oscuridad.

Un disparo efectuado desde un lateral iluminó fugazmente los rostros de los asistentes y parte de la sala. Cuando regresaron las luces, Eleanor estaba de pie en el suelo. Las manos, limpias. Intactas. Toda ella había recobrado la compostura.

La viuda Weatherby se hallaba de pie a su lado, pálida, mirando el pequeño agujero de bala en la pared opuesta del salón; del otro lado Mr. Hargrove aún sostenía un pequeño revólver con el cañón todavía humeante.

—Querido, —le dijo, recuperando el color de sus mejillas— mire que les tengo dicho que no traigan esos chismes a mi casa. —Su tono de riña era impostado, como si quisiera restarle importancia al asunto.

—Lo... lo siento mucho, de veras —Mr. Hargrove azorado, se guardó el pequeño revólver de nuevo en el bolsillo de su chaqueta—, es que era todo tan real...

Alguien rio nerviosamente, como si la tensión necesitase escapar por algún resquicio.

—¿Cómo lo ha hecho? —una mujer de vestido color lavanda miraba la mesa rota, como si quisiera encontrar algún mecanismo oculto—. Ha sido maravilloso, de verdad.

—Ni el propio señor Dunglas la hubiera superado, querida —propuso otro de los asistentes, un caballero de bigote perfectamente encerado—. Ha sido brillante. ¡Bravo!

Al cabo de un rato, poco a poco, los invitados se fueron marchando satisfechos—acordaron—, que todo había sido una representación brillante; Un espectáculo para entretener.

Una vez solas ambas en el corredor, la viuda se volvió a Eleanor.

—¿Qué es lo que ha pasado, Nelly? —no parecía enfadada, sino divertida.

—La verdad es que no lo sé, señora —respondió—. Algo que yo no he invitado se ha colado en la sesión.

—Pues dale las gracias si lo vuelves a ver. Estas fiestas seré el centro de muchas conversaciones. —Le guiñó un ojo.

Un hombre regordete y de baja estatura, vestido con un uniforme negro de mayordomo —levita impecable, chaleco de paño con botones dorados y guantes blancos—, se acercó a las mujeres con un sobre en la mano.

Mrs. Weatherby le cogió el sobre con un ademán distraído

—Gracias, señor Pitts, puede retirarse. Aquí tienes, Nelly. No te lo gastes todo de golpe. —Le dedicó una sonrisa de complicidad.

Eleanor se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo y giró la cabeza, mirando a la viuda.

—Por cierto... dígame al señor Pitts que mañana suba a revisar el reloj del salón.

—¿Y eso? —levantó las cejas.

—Esta noche a las doce ha marcado trece campanadas.

—Ese reloj lleva mudo más de cinco años, mi niña.

Eleanor miró la calle vacía, cubierta por una capa de nieve.

—Pues hoy... ha vuelto a hablar. —murmuró para sí.

La puerta se cerró tras ella, suave, con elegancia.

Eleanor se quedó sola con sus pensamientos—*tenía que averiguar qué había pasado hoy*— mientras tomaba el camino de regreso al prostíbulo.

A lo lejos, en algún callejón cercano al *Lily of the Glen*, un perro aulló en la niebla.

## **INSPECTOR JEFE LACHLAN FAWKES**

**Anochecer del 23 de diciembre.**

En el despacho del inspector Lachlan Fawkes, a través del ventanuco, la bruma se deslizaba por el cristal como un animal con consciencia, buscando un hueco para entrar. Allá, en la distancia, se podían oír los carruajes en North Bridge y cómo la campana de Calton Jail marcaba el esperado fin del turno.

Fraser se dejó caer en la silla de madera frente al escritorio. Aquello era un desastre de papeles, cartas con membretes altivos, recortes del *Scotsman*<sup>3</sup> y objetos... muchos objetos que solo Fawkes parecía saber encontrar cuando los necesitaba.

*Parece increíble que alguien pueda encontrar orden en este caos*, pensó Fraser.

—¿Y bien? —El inspector Lachlan Fawkes exhaló el humo de su pipa de roble, cubriendo la estancia de un suave aroma a clavo y pimienta negra.

Estaba repanachingado en su sillón; no parecía tener ninguna prisa. Es más, nunca la tenía; curiosamente, eso era lo que hacía de él un buen detective: analizaba todo desde distintos ángulos antes de pronunciarse.

Todo lo opuesto a su protegido, Malcolm Fraser, que se guiaba más por un instinto heredado, de vete a saber de dónde, que por la paciencia a la hora de afrontar un caso.

—Pues... así, en resumen, el doctor Lyle dice que se murió de miedo —dijo Fraser, y sonó más cansado que convencido.

---

<sup>3</sup> Periódico fundado en 1817 en Edimburgo.

—¿Miedo? —levantó la ceja por encima de la espiral de humo—. Ajá... ¿y las puñaladas, fueron cortesía del mismísimo pánico?

Fraser se encogió levemente de hombros.

—No le pega el sarcasmo, jefe.

—No —dijo él, golpeando la pipa contra la palma de su mano para desalojar la brasa—. Pero esto sí.

Sacó de su mueble una botella sin etiqueta y sirvió en dos vasos desiguales. El líquido tenía el color del ámbar.

—Por el espíritu navideño —gruñó—. Y por tu futuro ascenso y mi liberación —concluyó.

Fraser aceptó el vaso, desabrochándose el cuello del abrigo.

—Si nadie reclama el cuerpo... si no aparece familia... —hizo una pausa, buscando una forma decente de decirlo—, yo lo dejaría correr, ¿sabe? No tengo ganas de jugar a Mr. Bucket<sup>4</sup> en estas fechas. —La imagen de su matrimonio le pasó por delante.

—¿A quién?

---

<sup>4</sup> *Inspector Bucket, personaje de Bleak House (1853), es considerado el primer detective profesional de la novela inglesa y antecedente directo de Holmes.*

—Olvídelo, jefe —y bebió.

Fawkes lo observó sobre el borde del vaso.

— Entre concejales de aires reformadores, periódicos liberales y estas fechas... un muerto más en Cowgate no desvelará a nadie en New Town. —dijo.

Hizo girar el licor en el vaso; lo miró como si buscara una respuesta allí dentro.

—Esta ciudad... —continuó—. El Royal, los *closets*<sup>5</sup>... todo ello será diseccionado. Nos arrancan a patadas medio *Old Town* y aún tienen el descaro de llamarlo limpieza.

Bebió de golpe. El ruido del líquido se oyó cómo bajaba por la garganta.

Fraser giró el vaso en su mano, pensativo. Fawkes hablaba como siempre: lúcido... y, *maldita sea, tenía razón*. En lo que a él respectaba, Fawkes era Edimburgo. Áspero, ennegrecido. Cuando él se fuera... ¿qué quedaría?

—En fin —dijo, poniéndose en pie—. Hasta mañana, jefe.

---

<sup>5</sup> En el Edimburgo de 1869, los *closets* eran estrechos callejones medievales, húmedos y mal ventilados, solían estar hacinados y asociados a la vida obrera y la pobreza.

—Hasta mañana, futuro inspector jefe Fraser —respondió Fawkes, saludándolo militarmente, con sorna.

—Pues sí que le pega el sarcasmo, sí.

Atravesó el pasillo dejando atrás a Fawkes, que también empezaba a recogerse. En la comisaría las lámparas de gas titilaban como párpados enfermos. El olor a cuero y humedad lo siguió hasta la puerta.

Y allá afuera... la noche de Edimburgo; una vieja amiga—difuminada, húmeda, a carbón y puerto—. En sus calles los faroles proyectaban sombras largas, deshechas y recompuestas al compás del viento que empujaba la niebla. En los muros, los ojos de las casas, siempre con legañas de humedad, atendían a los deseos de sus moradores.

Descendió con cuidado de no caerse por la escalera de piedra. Se paró.

Sonrió.

Iba a echar de menos a Fawkes. No, no solo a él.

Iba a echar de menos una forma de estar en el mundo que, como el humo de aquella pipa, ya empezaba a disiparse.

## LADY ESMÉ LILLIAN FRASER

Noche del 23 de diciembre de 1869

Lady Esmé Lillian Harroway de Fraser había mandado marchar, ya hacía rato, a la señora Kenning.

La vieja mujer —viuda irlandesa de pocas palabras— se alejaba envuelta en su capa verde musgo, oliendo a alcanfor y vinagre, sin mirar atrás. Nunca se quedaba tras el crepúsculo; ninguna mujer cruzaba sola los callejones de Canongate. Las historias acerca de ladrones de cadáveres, y las que corrían por las parroquias, no ayudaban a ello.

Lady Esmé estaba recogiendo la vajilla cuando oyó el picaporte.

—Hola, Esmé querida. Soy yo. —La voz de Fraser, gastada. Como si el día entero le colgara de los hombros.

Ella alzó la cabeza. Se atusó el cabello —rubio casi blanco bajo la lámpara— y lo recogió en el moño habitual con una precisión ritual.

Apareció en el recibidor llevando un plato con fruta en las manos; dibujó una sonrisa que pretendía sinceridad.

—Hola, querido. ¿Qué tal el trabajo? —dijo, depositando el plato —una reliquia familiar— sobre la mesa redonda del vestíbulo.

El salón estaba también pleno de reliquias. Un aparador georgiano que olía a trementina; un reloj que había marcado la respiración de tres generaciones de Harroways. Ah, y las cortinas de damasco, devoradas por el tiempo. En fin, pensaba Fraser, *una casa viva... pero con un pulso débil*.

El inspector se inclinó para besarla. Ella, grácil, se adelantó a cogerle la gabardina. El beso nunca ocurrió. Colgó la prenda en el perchero. Un dolor vacío se instaló por un instante en el pecho de Fraser.

—¿Cenamos? —preguntó ella, sin mirarlo. El vestido color ceniza se arrastraba tras ella como si dudara en seguirla.

Fraser hojeó *The Scotsman*, que descansaba junto al plato de naranjas claveteadas.

—¿Qué tal el día? ¿Has salido? —preguntó, queriendo recomponer el mosaico del hogar.

—No mucho —respondió—. Algunos recados, como de costumbre.

—No, si no me... —Fraser bajó la voz, dejando que la frase muriera, arrastrada por un sentimiento incomprensible de culpa.

Ella sonrió con un esfuerzo audible.

—Mira lo que nos ha dejado la señora Kenning. Receta de su abuela. Pasó de madre a hija el día de su boda... — Silencio breve—. Qué afortunada.

Encima de la mesa se podía ver el *bodge-podge*<sup>6</sup>, las manzanas con miel, el pan negro, el vino áspero “de misa”. Todo humilde, pero, para el sueldo de Fraser, casi un festín.

En momentos así, Fraser se preguntaba cómo la hija de alguien con tanto poder podía haber acabado con alguien como él. Lejos de sentirse afortunado, se encontraba encerrado en una jaula incomprensible que él mismo había construido.

---

<sup>6</sup> Sopa o guiso, generalmente a base de cordero cortado en cubitos

—Ojalá mi madre me hubiese enseñado a preparar platos así... —dijo, casi un susurro—. Quizá entonces me querrías más.

Fraser alzó la mirada, desconcertado ante esa revelación. A veces pensaba que ella lo quería amargar a propósito.

—Ya te quiero, Esmé. Solo que no te entiendo a veces. Detesto verte languidecer en casa; me hace sentir culpable. Te he ofrecido mover hilos para que asistas a la universidad o a un club de lectura, si lo deseas. Y, si no confías en mí, tu padre puede conseguir lo imposible. —Se acercó a la mesa. — En Edimburgo —continuó— hay señoritas incluso en conferencias de anatomía. Si quieres salir de este “castillo” —hizo un gesto con la servilleta—, dime cómo y estaré encantado de ayudarte.

—Perdóname, querido. Ya sabes que me pongo melancólica por las noches... No te preocupes por mí. —Un grito de ayuda recorrió su interior.

Cenaban en extremos opuestos. A medida que avanzaban los cubiertos, la mesa parecía crecer, amenazando con convertirse en un océano oscuro, mientras las palabras de Fraser —puentes lanzados al azar para intentar llegar al otro lado— se hundían antes de alcanzar la otra orilla.

Todo empezó la fatídica noche de bodas. Dormían en habitaciones separadas. No habían vuelto a tocarse, ni a mencionarlo. Él lo aceptaba, quizá por amor... o por esa resignación que huele a deber, a reconocer cuál es tu sitio.

El reloj del salón marcó las horas con un tañido seco. De nuevo, algo muy dentro de Lady Esmé gritó por salir, lo reprimió enseguida.

## **LILY OF THE GLEN**

**Tarde-noche del 24 de diciembre.**

En Leith, el puerto hervía de vida: la vida allí era como un guiso de tropezones que subían y bajaban al compás del hervor, rotando, apelmazándose, separándose o hundiéndose para no volver.

Carruajes atestados de barriles —ron y arenques para las mesas de los notables— circulaban arriba y abajo, mientras en los portales se apelotonaban sombras harapientas,

disputándose con uñas y dientes los restos tibios que las parroquias caritativas dispensaban.

—¡Odio la Navidad! —gruñó Buck. Una mole de músculo de color ébano que custodiaba la puerta del *Lily of the Glen*, el burdel más reputado, estrafalario —y rentable— de todo Leith.

Había sido un salón de té para viudas; ahora, bajo las órdenes de Madame Vernet, era un templo donde el pecado se negociaba con modales de salón.

Buck, el portero, antaño estibador en el golfo de Bonny, cayó en desgracia tras un accidente que lo condenó a cojear de por vida. Aceptaba su papel de portero sin resentimiento y, en los ratos muertos, hacía de filósofo barato: iba por tabernas, cantando o bebiendo con otros feligreses “ilustrados”.

La nieve afuera comenzaba a caer con fuerza, prometiendo cubrir todo con un mantel de novia antes de la noche.

—No sé si por el frío o por la necedad humana, pero estas fechas...—Escupió con certeza en la escupidera, mientras espía la calle por la mirilla corrediza. —...nunca me han gustado. Y con este temporal, vísperas de Navidad, ¿qué quieres que te diga? Aquí no va a venir ni el mismísimo

Cristo. La señora Vernet haría bien en darnos la noche libre... ¡por los clavos de Cristo!

—¡Ja! — se oyó una voz cantarina procedente del pasillo interior del burdel, acercándose a la entrada— Para eso sí que eres cristiano ¿eh, negro? —

Eleanor Withmore apareció descalza en el corredor con su melena como si fuera un incendio desbocado por los hombros. Llevaba un corsé bordado en verde y oro que parecía abrazar sus pequeños pechos. Una falda carmesí, abierta por un costado, dejaba ver las curvas blancas de sus piernas.

—Gracias al buen señor Dickens, podemos celebrar esta maravilla —continuó con una sonrisa franca en un rostro sutilmente infantil. En contraste al frío que desprendía la puerta de la calle el calor de su cuerpo parecía evaporar el aire helado—No me seas Scrooge<sup>7</sup>, — le dijo apoyando su mano en el hombro del hombretón. —Además, estar aquí te da la excusa para estar con Maggie, nadie dirá nada si os escabullís un rato, ya me entiendes... —le guiñó el ojo sacando la punta de la lengua por la comisura del labio.

---

<sup>7</sup> *Ebenezer Scrooge*, protagonista de *A Christmas Carol* (Charles Dickens, 1843), encarna al empresario avaro redimido por la caridad y el espíritu navideño.

—Excepto por el día libre, no le veo yo mucho encanto a este día —bufó él, acomodándose el abrigo, como si eso pudiera ahuyentar algo más que el frío—. Y no me vengas con lo del pesebre y la paz...

—¿A ti? Ni con esas ni con el pavo, o el muérdago; ni se me ocurre, bruto insensible —añadió Nell, divertida—. Pero el espíritu navideño existe. Eso sí, a su manera...

Se inclinó hacia él y habló en un tono que parecía estuviera recitando un conjuro:

—Porque ahora... en estas fechas ahora todos piensan lo mismo. Las almas, incluso las más manchadas como la tuya, se alinean con algo más antiguo que el invierno por un propósito común. Y eso, eso nos da la licencia para vivir otro año igual de sucio que el anterior, amigo mío.

Buck río por lo bajo.

—Siempre olvido lo rara que eres, Nell. Y con ese pelo infernal... normal que solo te busquen los excéntricos.

Se sacó de un bolsillo grande de la gabardina un cucurucho tiznado. Se lo tendió a la chica.

—Castañas. Para que calientes ese insoportable espíritu tuyo.

—Gracias, hombretón —respondió ella, recibiendo el cucurucho como si fuera un tributo—. Y no olvidés: los excéntricos pagan mejor. Algún día saldré por la puerta grande... quizá te lleve como mozo de equipaje.

Una lengua burlona fue su despedida mientras regresaba a las escaleras del vestíbulo, deslizándose por la penumbra del corredor.

Cuando llegó al vestíbulo que distribuía el edificio en dos plantas escuchó al fondo, desde la cocina de servicio escaleras abajo, el murmullo de las otras chicas repartiendo té y sobras de pastel. De vez en cuando, alguna se asomaba por la puerta trasera y dejaba unas monedas envueltas en papel, para los críos del muelle que venían, año tras año, a por “los aguinaldos de las damas de la noche”.

Por un instante creyó escuchar algo en el piso de arriba, se paró, todo parecía estar en silencio.

En el piso superior, aparte de la habitación privada de madame Vernet, solo había un cliente que, además, la estaba esperando.

Eleanor se disponía a subir las escaleras cuando sintió, de súbito, un escalofrío. Se estremeció, pero la sensación pasó de inmediato al olvido al ser consciente de que había

olvidado las cuerdas; el parloteo con Buck la había distraído. Resignada, giró sobre sus pies descalzos para ir a buscarlas.



Mientras tanto, el joven agente Doves permanecía congelado frente a la puerta del *Lily of the Glen*. Si no abrían, acabaría como un muñeco de nieve. *El peor destino policial*, pensaba. Su prima Moira le vino a la mente reconfortándolo.

Consideró llamar con la campanilla —el picaporte estaba congelado como un clavo de ataúd y no quería ni volver a tocarlo— cuando la mirilla de madera se deslizó y unos ojos lo taladraron.

—¿La segunda luna? —dijo el portero desde el interior con voz grave. La pregunta sonó más a contraseña que a saludo.

Doves tragó saliva, notando que el frío le había robado hasta la firmeza de la lengua.

—Esto... —empezó a decir—. Soy el agente Doves. Hemos recibido aviso en la comisaría de un incidente ocurrido esta noche en este burd... —rectificó de inmediato— ...en este establecimiento, señor. Me han pedido que venga a comprobarlo.

Se frotaba las manos mientras hablaba. El agente tenía toda la ropa blanca por la nieve. Buck tuvo que contener una carcajada al ver los pequeños montoncillos que se acumulaban en los hombros y la gorra del agente; ciertamente empezaba a parecer un muñeco de nieve.

—Aquí no ha pasado nada, pajarito. Regrese y póngase a cubierto, agente, que se me va a constipar.

Doves le contestó de forma tajante:

—Cubiertos de mierda vamos a acabar usted y yo sí regreso con las manos vacías y es el inspector jefe Lachlan Fawkes quien tiene que venir aquí en vísperas de Navidad... ¿no cree?

No bien hubo acabado la frase, se quedó sorprendido. ¿Había dicho eso en voz alta al que —seguramente— era una mole que vigilaba el burdel? *Quizá el frío me ha borrado el filtro entre la cabeza y la lengua*, pensó. O simplemente no quería, bajo ningún concepto, quedarse más tiempo fuera, a la intemperie.

La mirilla se cerró en seco. Un silencio, breve pero mortal... y la puerta —sin crujidos, sin avisos— se abrió al agente con un sopapo de calor.



Eleanor estaba agachada delante de la abertura de un falso panel encajado a los pies de la escalera. Dentro, había una caja de madera que parecía contener el arsenal de un sombrerero loco: cuerdas de distintos grosores, pinzas con dientes forrados, pequeños contrapesos metálicos. Los recogió.

De nuevo en las escaleras, oyó abrirse la puerta. Buck debía de recibir a alguien: un viudo solitario que prefería las sombras del Lily al dolor de ver cenas familiares luminosas en ventanas ajenas. Eleanor pensaba que estos hombres venían empujados por las etiquetas y cortesías de la sociedad. Sabía de hijos, cuñados o hermanos que se cruzaban en esos pasillos sin mirarse, como si ignorar al otro pudiera borrar la culpa compartida.

Distraída, se bajó un momento el corpiño para liberar sus pechos quiso probar por curiosidad a colgarse unos pequeños pesos en los pezones para ver qué se sentía. Allí arriba mientras subía mirándose los pesos bamboleándose al ritmo de sus caderas, sus pensamientos fueron

interrumpidos por el sonido precipitado de unos pasos veloces, desesperados, que bajaban a toda prisa.

Madame Vernet apareció ante ella, bañada en sangre, los rizos oscuros pegados a su rostro como tentáculos húmedos y sin darle tiempo a articular palabra, se abalanzó sobre ella agarrándola por los hombros con una fuerza inusitada.

—¿Qué le has hecho, insensata? —susurró entre dientes, mientras la sacudía.

Sin esperar respuesta, la arrastró cogida de una mano escaleras abajo.



Isadora Vernet se había servido una copa. Sentada en la penumbra de su despacho y, con gesto cansado, depositó el vaso de absenta sobre un espejo ennegrecido. Colocó con delicadeza una cuchara perforada en los bordes del vaso; sobre ella, un terrón de azúcar. Vertió agua helada gota a gota. Observó cómo el líquido verde se tornaba lechoso, turbio, *como el juicio de un hombre*, pensó.

Tomó despacio un sorbo generoso —*para el frío*—, se dijo a sí misma.

—Hoy no haremos ni media guinea, ya lo veo venir — murmuró para sí—. Estoy por decirles a las chicas que se queden en sus cuartos si lo desean.

Abrió el cajón falso del secreter, donde guardaba el libro de reservas y la llave maestra, y lo consultó. Esa noche figuraba un solo nombre: Sir Alistair Baine, viejo devoto de Nell. Caballero con afición a juegos que habrían sonrojado al clérigo más tolerante: según Nelly, le gustaba ser suspendido boca abajo, como un ciervo eviscerado, con contrapesos colgando de las zonas donde el dolor se vuelve promesa y el placer, amenaza. Nelly era experta en esas lides y él la había hecho su verdugo particular.

Un pensamiento fugaz la asaltó. El resto de las chicas estaría abajo, en la cocina, devorando «su» despensa en vez de llenar «sus» bolsillos de guineas —sintió asco por ellas; se sintió culpable por ello.

No, las Navidades nunca fueron buen negocio, pensó con amargura. Y menos desde que ese escritor de tres al cuarto las consagró como altares de lo familiar.

—¡Estúpido Dickens! —brindó en voz alta—. Espero que se te atragante el pavo y te mueras.

Bebió el resto del vaso de un trago.

Un leve estruendo en una habitación al fondo, cerca de la escalera, la hizo girar: ¿cristales rotos?

Con más resignación que ira, Isadora se dirigió a la única estancia ocupada por Nelly y Sir Alistair.

—Te juro —masculló— que, si ese retorcido ha roto algo, le suelto a Buck para que le dé una paliza... —recapacitó— no, que a lo mejor le gusta.

Sonrió a su ocurrencia con un cinismo que ya no sabía si era una armadura o su ruina moral.

Cuando llegó, comprobó que la puerta no estuviese trabada —una regla inquebrantable para la seguridad de sus chicas— y entró sin miramientos, creyendo que, a estas alturas, nada podía sorprenderla.

Qué equivocada estaba.

La habitación era un *sanctasanctórum* que imitaba una mazmorra medieval. Ganchos de hierro amortiguados se encontraban empotrados en la piedra; poleas ocultas en molduras doradas; un potro de madera tallada con inscripciones que parecían oraciones. Látigos, máscaras de cuero y miembros artificiales de madera pulida y marfil se disponían por la estancia.

El aire olía a incienso, a hierro y a algo más indeterminado.

Y allí, en medio, en el suelo... Sir Alistair Baine.

Boca arriba. Destripado como un pez. Todavía boqueaba, desesperado, como si intentara morder el aire que ya no era capaz de tragar. Sus ojos la miraron primero, aterrados, y poco a poco se fueron apagando, deslizando su mirada al techo y más allá. Ella, estupefacta e inmóvil, los vio congelarse: cristalinos y huecos, como espejos rotos que ya no devolvían imagen alguna.

Fue entonces cuando Madame Vernet reparó en la ventana abierta hacia el interior.

Los cristales rotos cubrían el suelo y los intestinos del aristócrata, mientras la sangre reclamaba su espacio lentamente, negra y viscosa.

La madame, por instinto, quiso alcanzar de un salto la ventana buscando en la calle el rostro de un agresor. En su mente saltó; su viejo cuerpo, no tanto; tropezó.

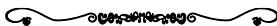
El golpe la lanzó de bruces sobre el cadáver. La tibieza viscosa de las vísceras amortiguó su caída; el satén claro de su vestido absorbió la sangre como el sediento que encuentra un oasis, empapando el encaje hasta el dobladillo.

—¡Pedazo de mierda! —rugió, arrodillada, con los dedos resbalando en sangre y tripas—. ¡Mira cómo me has dejado el vestido!... No, si encima te habrás muerto disfrutando como un gorrino...

La frase quedó colgada en el aire, quebrada, porque un pensamiento irrumpió con la violencia de un latigazo: *¿Nelly?*

El pánico la levantó como un resorte. Buscó con desesperación, escudriñando cada rincón, cada sombra, esperando encontrar un cuerpo pequeño, inerte. No estaba. Un latido breve de alivio la reconfortó: su inversión debía de estar viva. Casi de inmediato cayó de nuevo en pánico.

Buck le vino a la cabeza como fuente de salvación. Arremangándose la falda, salió en su busca, topándose a mitad de camino con la propia Nelly, que, sonriente, iba subiendo la escalera con el corsé desabrochado y jugando con unos pequeños pesos colgando de sus pezones.



—Ahí fuera hace un frío que pela, señor —dijo el joven agente Doves, entrando y frotándose las manos.

—Es esta mierda de época —le gruñó Buck—. Tengo unas ganas de que pase de una maldita vez... Bueno, ¿y bien?

—Pues resulta... —empezó el joven, quitándose capa tras capa; el portero pensó que parecía una cebolla— que esta noche un sir... ¡maldición! —miró al techo un momento— ahora no recuerdo su nombre... Bueno, el hombre vino a la comisaría diciendo que aquí —señaló con la cabeza el interior del establecimiento— había ocurrido lo que llamó, textualmente, «un ajuste de cuentas». Fui a avisar al inspector Fawkes, que aún no se había ido... pero él... bueno, me despachó, que ya iba camino a casa y que no le contara monsergas.

—¡Proteger y servir! —rio Buck, con sorna, acompañando a Doves por el pasillo hacia el vestíbulo.

—He de decirle, señor, que la verdad es que el tipo que vino actuaba de forma extraña. Ausente, diría. O, más presumiblemente... borracho. Muy normal en estas fechas, por otra parte, ¿no cree usted? Bueno, fuera como fuese, el inspector dijo que me las apañara y que, si veía que de verdad era una emergencia, avisara al señor inspector Fraser. Es mi jefe directo, ¿sabe?

—Madre mía, chico —lo interrumpió Buck, parándose casi al final del camino; el chico empezaba a caerle bien—. Si quieres un consejo: para ser policía, hablas demasiado; deja que sean los otros los que se ocupen de la cháchara.

Doves enrojeció hasta las orejas.

—Gracias, señor, así lo haré.

Estaban a punto de salir al vestíbulo cuando se encontraron de frente con dos mujeres.

Una estaba bañada en sangre mientras arrastraba a otra mucho más joven que tenía, dos pequeños pesos colgando de sus pezones rosados y una sonrisa ambigua.

Doves abrió los ojos y la boca, incapaz de articular palabra. Sus ojos buscaron respuesta en Buck.

Este puso los ojos en blanco.

Un golpe contenido de su puño llegó seco, como un trueno en una habitación cerrada.

Doves cayó al suelo sin emitir sonido alguno a los pies de Buck.

—Qué asco de noche —murmuró.

